

UNA VISIÓN HERMENÉUTICA DEL CONTEXTO CULTURAL CONTEMPORÁNEO

An Hermeneutical Vision of the Contemporary Cultural Context

Carlos Emilio Gende, Universidad Nacional del Comahue, Argentina

Correo electrónico: soutopo@gmail.com

Raúl Alcalá Campos, *Una visión hermenéutica del contexto cultural contemporáneo*. (México: Secretaría de Desarrollo Institucional / Seminario Sociedad del Conocimiento y Diversidad Cultural de la UNAM, 2018)

Buena parte del discurso filosófico actual se elabora desde una actitud que podría caracterizarse como *culpógena*, pues debilita sus pretensiones teóricas para terminar sumándose al estilo de análisis coyuntural que adoptan algunas ciencias sociales. Otra buena parte mantiene sus prerrogativas tradicionales y sostiene un nivel teórico de suficiente abstracción, pero en ocasiones desde una actitud prescindente de la pertenencia al mundo de la vida desde el cual se elabora. Así, la filosofía queda entrampada entre una descripción sin compromiso conceptual y una teorización abstracta sin compromiso con el mundo.

En ese sentido, es de agradecer la publicación de obras como las que estamos presentando, pues se sostiene como trabajo filosófico sin más; es decir, como una elaboración de esclarecimiento teórico-conceptual, pero a la vez anclado en los problemas del presente e intentando ofrecerle respuestas, respuestas siempre situadas.

Si bien por principio hermenéutico no debería referirme al autor para dar cuenta comprensivamente de su obra, no puedo evitar en esta ocasión sugerir que la doble virtud señalada del libro obedece seguramente a la formación inicial como epistemólogo analítico de Alcalá Campos, que supo ampliar, más nunca abandonar, con sus intereses hermenéuticos aplicados concienzudamente a temas de justicia y diversidad cultural.

Vayamos al libro para justificar esta presunción que, como digo, debe sostenerse en la misma obra. Al respecto, podría aludirse a las remisiones de corrientes y/o autores, que orientan las filiaciones y herencias (respecto de lo cual es especialmente valioso que se nombre en ellas a filósofos y filósofas en lengua castellana: Luis Villoro, Mauricio Beuchot, Mariflor Aguilar, Dora Elvira García-González, León Olivé, entre otros); sin embargo, sugiero que se trata más bien de un trabajo, por así decir, interno a los temas. Es un

tratamiento hermenéutico que propone dar lugar a la complejidad, con una actitud abierta y abarcadora, pero a la vez manteniendo siempre la precisión conceptual que exige distinguir, esclarecer, determinar.

En la introducción al libro plantea el tema actual que, desde una visión humanista, debería ser nuestro foco de interés: la confianza, para contraponerlo a una situación contemporánea: el impacto de la tecnología. Se evalúa la pérdida de confianza específica de nuestro tiempo, relativa a los políticos y su escasa capacidad o disponibilidad para resolver problemas, muchos de ellos como consecuencia de la intervención tecnocientífica. En ese sentido, es interesante destacar que la renovación de la confianza va ligada, a juicio del autor, al desarrollo de una sociedad ilustrada y competente en los temas de esta intervención que incluya la participación de las comunidades afectadas.

El primer capítulo —“Interculturalidad y Hermenéutica”— comienza con una evaluación de los cambios internos a la Filosofía de la Ciencia, y cómo eso condujo a la incorporación de planteos provenientes de otras corrientes filosóficas, para el caso, la Hermenéutica.

No se trata...de un rechazo a la ciencia [...] sino de sostener que hay maneras diferentes de obtener conocimiento además de la científica y que se pueden considerar tan válidas como ella. La cuestión pues recae en lo que se conciba como criterio para aceptar algo como conocimiento, y los criterios no son objetivos en el sentido de contar con un referente al que nos podamos remitir para comprobar su realidad, son productos humanos y se sostienen gracias a las comunidades pertinentes. También se trata de los puntos de partida, es decir de los principios que guían nuestros pasos en la adquisición del conocimiento y de los valores que le subyacen (15)

Así, a continuación, pasa a evaluar la pretensión del conocimiento científico de erigirse en baremo de todo conocimiento. Al respecto, la Hermenéutica bien entendida, como actividad también generadora de conocimiento justificado, aunque no concluyente, resulta muy instructiva para ponderar los alcances y límites de la ciencia en su relación con otros conocimientos y con la sociedad. En efecto, ahora habrá que dar lugar a nociones como las de aceptabilidad, consenso argumentativo, interpretación situada, entre otras, cuyo aporte conceptual estriba en mantener la doble exigencia que venimos mencionando.

Esto nos lleva al segundo capítulo —“Pluriculturalidad”— donde el tema es, ante todo, cuáles son las condiciones —¿epistémicas? ¿Hermenéuticas?— que contribuirían a una relación provechosa entre culturas. Otra vez, si la pregunta es sobre el sentido, la producción tecno-científica poco puede hacer, pues si algo la caracteriza es precisamente el prescindir de

esa inquietud —la inquietud sobre el sentido— al transformar la temporalidad humana en resultado eficaz e instantáneo. Tampoco lograremos mucho si persistimos en emplear modelos de explicación universales y abstractos cuya eficacia reside, precisamente, en ignorar su vinculación con la situación y el sistema de intereses que lo producen. De allí que de lo que se trata es de distinguir lo razonable de lo racional. La racionalidad opera en prescindencia del sujeto que la emplea, la razonabilidad, en cambio, requiere de su compromiso con lo argumentado. Ahora bien, esta relación con el sujeto que enuncia sitúa contextualmente el contenido de lo enunciado, el cual, a su vez, se desarrolla sólo en el diálogo, es decir, con otros; el asunto entonces es cómo y con quiénes dialogar. El texto evalúa dos posiciones en algún sentido contrapuestas, pues una supone valores previos consagrados por una universalidad transcultural y la otra, al incluir en el diálogo los aspectos emocionales, retóricos, afectivos, no sólo no los exige, sino que se abstiene de ellos en busca de una comprensión circunstanciada y atenta a la situación local de donde surge.

Una evaluación del presente como la realizada hasta ahora y relacionada con los valores, debe tematizar la justicia. El libro así lo hace, y en el capítulo tercero, titulado de ese modo, se parte de dos distintos modelos de justicia, uno centrado en la promulgación de reglas que deban cumplirse para conformar una sociedad bien ordenada; el otro centrado en el fin de la comunidad y en las acciones que permitan lograr tal fin. En ambos modelos aparecen tanto uno como otro, pero el asunto es que uno de los centros es el que predomina, no pueden hacerlo ambos, pues sus consecuencias son muy diferentes. Al primero se lo llama —con Luis Villoro— *modelo deontológico*, propio del liberalismo; al segundo, *modelo teleológico*, propio del comunitarismo. Alcalá considera importante combinar esta clasificación con otra, de Amartya Sen, quien contrapone la visión del deber ser con el consecuencialismo. Fiel al propósito hermenéutico de concluir un proceso interpretativo con su aplicación, el capítulo examina la fertilidad de estos modelos en tres casos específicos de conflicto legal, en los que se advierte la complejidad de impartir justicia cuando de lo que se trata es de atender la diversidad cultural de las comunidades dentro de un mismo Estado. Es destacable la aparición de diversos problemas conceptuales derivados de estas situaciones reales, por ejemplo, el de persona moral: “uno que considera la justicia como igualdad y otro que la considera como reconocimiento de la identidad en tanto forma parte de una comunidad diferenciada, en otras palabras, igualdad en uno, diferencia en el otro” (60). Un corolario de este capítulo que nos lleva al siguiente es el de la necesidad de asumir tanto el trabajo interdisciplinario como la actitud intercultural para establecer relaciones justas.

En efecto, el capítulo cuarto —“De la interdisciplina a la interculturalidad”— propone el pasaje de una actitud a la otra para conseguir una interpretación madura de lo que ocurre en nuestras sociedades. La distinción entre ambas es clave: el trabajo interdisciplinario remite a ciertas disciplinas que comparten algo en común bajo el mismo tipo de epistemología, es decir, se relacionan con la naturaleza de la misma manera, dado que comparten el mismo tipo de conocimiento: el conocimiento científico, lo cual requiere compartir las mismas reglas lógicas y un tipo de lenguaje que, aunque especializado por disciplina, comparte las mismas nociones de verdad, objetividad y método. El trabajo intercultural, en cambio, nos pone en situación de reconocer la diversidad epistémica, dado que los valores recién mencionados no necesariamente son concebidos del mismo modo. Si la primera pretende la universalidad, la segunda es regional. Así la relación con la realidad y con los otros es diferente en ambas.

Ahora bien, esto que bien pertenece al orden de las distinciones conceptuales, se tematiza a su vez en el orden del *barro* de las cuestiones políticas, pues lo que muestra la necesidad del paso de una a la otra es el hecho específico del prestigio que adquirió la ciencia en desmedro de otros tratos cognitivos con el mundo. Y si eso puede ser entendido desde un punto de vista histórico como una superación de viejos dogmatismos, no puede desconocerse que corre el riesgo de producir nuevos mitos, por lo cual, sólo a partir del reconocimiento de la diversidad epistémica que proviene de la diversidad de experiencias de la cultura es que lograríamos restituir la credibilidad a una actividad que ante todo debería trabajar en pos de la autocrítica. El libro no es ingenuo al respecto y, por ello, no tiene reparos en sostener:

no es aceptable la idea de que el conocimiento busca la verdad y por ello se persigue para ponerlo al servicio de la humanidad, pues en nuestros días parece claro que es una actividad enfocada a la obtención de poder, la mayoría de los recursos destinados al conocimiento tienen ese fin, si no fuera así el mundo sería otro, con una mejor distribución de la riqueza, sin hambre, sin guerras, con una mejor salud y educación. La economía y la política se han inmiscuido en la generación del conocimiento y no sabemos hasta dónde (81).

¿Cómo seguir? Cabe una indagación sobre la ética para las sociedades del futuro. El capítulo dedicado a este tema inicia con una distinción entre fundamentar y justificar, que bien podría ser tomado como eje para caracterizar la propuesta del libro. Si la fundamentación exige bases inmovibles, la justificación sólo procura dar y pedir razones, lo cual, si lo entendemos como proceso que no requiere certeza, sino que trabaja en procura de la aceptación que se obtiene en la confianza, permite reformular los problemas de justicia social que en definitiva son de carácter moral ligados a relaciones de poder.

Hay un tema medular que recorre el libro —y tal vez lo organiza—, pues muestra una contribución genuina que puede hacer la hermenéutica a la epistemología: cómo caracterizar el conocimiento a la luz de los desarrollos de la ciencia y la tecnología si a la vez nos importa entender a los otros y sabemos que el mundo es compartido con otras culturas. Como es sabido, los requisitos epistemológicos para satisfacer el conocimiento proposicional son creencia, verdad y prueba, de modo tal que el conocimiento como creencia justificada debe apelar a razones de orden lógico y empírico, ambas universalizables. El libro muestra claramente que esos requisitos son insuficientes a la hora de revisar las relaciones con los otros, pero de ello no se desprende su rechazo o sustitución, sino más bien la ampliación. Si por creencia describimos sólo la adhesión psicológica requerida sobre el contenido mentado por el sujeto que enuncia y, por verdad, la adecuación objetiva al estado del mundo extralingüístico, la justificación, como prueba, bien puede ser entendida bajo pretensión de universalidad. Pero si, como anuncié al inicio, hablamos de restituir la confianza, y nos preocupa indagar cuáles son las condiciones de posibilidad que la Filosofía aún tiene para proponer ese logro, habrá que expandir la modalidad en el orden de las justificaciones mediante la escucha, el diálogo, la aceptación radical del otro y la constatación de lo diverso no como problema a resolver si no como condición de lo humano a explorar.

El libro que estamos comentando es una contribución madura y reflexiva a esa enorme tarea de la filosofía del futuro.